

El Modelo de Acción Social representa un pozo de oportunidades inmenso para sustentar sobre roca el ser y el quehacer de Cáritas en el contexto local y global en que vivimos. Simboliza, de manera especial, la unidad entre identidad y acción, ser y quehacer, pensamiento y acción. En definitiva, muestra un camino para encarnar la Buena Noticia en nuestro tiempo.

Su propósito fundamental es el de alumbrar el camino que tenemos que recorrer, convertirse en una especie de carta de navegación que nos descifre los vientos y las corrientes del mundo desde el enclave, firme y seguro, del Amor de Dios.



 **Cáritas**
Española
Editores

San Bernardo 99 bis
28015 Madrid

www.caritas.es

 documentos institucionales | Modelo de Acción Social

Modelo de Acción Social

 **Cáritas**

documentos
institucionales



Modelo de Acción Social

2009



Cáritas

documentos
institucionales

Documento aprobado por la LXIII Asamblea
General de Cáritas Española, El Escorial, 2009.

Edita:

Cáritas Española Editores

San Bernardo 99 bis
28015 Madrid
publicaciones@caritas.es
www.caritas.es

Noviembre 2009

Preimpresión e impresión:

Gráficas Arias Montano, S. A.
Puerto Neveros, 9.
28935 Móstoles (Madrid)

Depósito legal:

M. 20.669-2009

ISBN:

978-84-8440-425-5

Presentación	7
1. Fundamentos del modelo	11
1. La persona como centro	13
2. Nos mueve el amor	16
3. La Iglesia como sacramento	20
4. Inmersos en la realidad	23
2. Opciones del modelo	29
1. Trabajar desde las capacidades y las potencialidades acompañando procesos ..	31
2. Realizar acciones significativas	36
3. Ser cauce de la acción de la comunidad eclesial	39
4. Acción integral	41
3. Características de la acción que dan soporte al modelo	45
1. Una acción entendida como diálogo entre sujetos	47



2. Que tiene por contenido ir siendo personas en sociedad	49
3. Que se despliega en un método que hace posible ser sujetos que dialogan sobre ese contenido	52
4. Y que tiene en la comunidad cristiana su agente	55
4. Epílogo. ¡Queda todo por hacer!	59
1. Del pensamiento a la acción	61
2. Los ejes del proceso de comprender	64
Abreviaturas	75
Bibliografía	77

PRESENTACIÓN

Presentar este documento es mostrar algo de sustantivo valor por sí mismo. Como otros documentos que reflexionan y sistematizan nuestra identidad más profunda, estamos en presencia de un documento esencial para poder releer nuestra historia, comprender nuestro presente y saber encarar el futuro con atrevimiento y valentía. El Modelo de Acción Social (MAS) representa un pozo de oportunidades inmenso para sustentar sobre roca nuestro ser y quehacer en el contexto local y global en que vivimos. Simboliza, de manera especial, la unidad entre identidad y acción, ser y quehacer, pensamiento y acción. En definitiva, muestra un camino para encarnar la Buena Noticia en nuestro tiempo.

Nuestra época está atravesada por heridas profundas y extensas. Como denuncia Benedicto XVI en *Cáritas in veritate*, el hambre y las desigualdades en el mundo crecen, la exclusión social convive con situaciones de bochornoso despilfarro, la vida humana no es reconocida y valorada en su dignidad y se presenta amenazada por doquier; vivimos bajo una quiebra antropológica de proporciones preocupantes (Cfr nn. 27,28,42,63). Sin embargo, en el seno de este mundo existen también posibilidades inéditas por descubrir y experiencias que abren cauces para construir un mundo nuevo que anticipe el Reino de Dios. Este es el propósito fundamental del MAS: alumbrar el camino que tenemos que recorrer, convertirse en una especie de carta de navegación que nos descifre los vientos y las corrientes del mundo desde el enclave, firme y seguro, del Amor de Dios.

Por ello, el MAS no es un conjunto de recetas o una colección de soluciones para la acción social. Es un fundamento y una calzada que sólo adquiere sentido al ser pisada, al ser transitada por las personas y las comunidades. Nos gustaría decir, de manera plástica, que el MAS no es un documento terminado al que, por tanto, sólo le falta que lo apliquemos, sino que sólo existe y tiene fecundidad si lo construimos al

ser vivido y experimentado. No es una metodología para la acción social. Es un horizonte, una perspectiva y una presencia para cualquier acción que pretenda dignificar a los últimos de nuestro mundo.

Dicha perspectiva crece desde unos fundamentos densos y arraigados en la verdad, como nos pide *Cáritas in veritate* (Cfr n.2). La dignidad de la persona y el Amor de Dios que nos mueve y sustenta en la Iglesia es signo y testimonio para los pobres y excluidos de una realidad nueva y trascendente. Como bien nos advertía Pablo VI, «entre evangelización y promoción humana (desarrollo, liberación) existen efectivamente lazos muy fuertes» (*Evangelii nuntiandi*, n.31) que deben cimentar la acción de los cristianos.

Estos cimientos nos permiten releer y redescubrir la realidad empapada de oportunidades, preñada de capacidades y posibilidades para el Amor y el compromiso social en todas las personas. No se trata de realizar distinciones entre excluidos y agentes de la acción sociocaritativa, sino de comprendernos todos, implicados en una misma realidad desde historias complementarias, a la vez que asimétricas y diversas.

Todas las personas somos responsables, todas las personas tenemos capacidades para recrear el mundo, todas las personas tenemos el derecho y el deber de ser escuchadas, de ser partícipes de ese mundo nuevo que intentamos día a día esculpir. El MAS, por tanto, es una perspectiva cimentada en la verdad del Amor de Dios que se plasma en el encuentro entre personas. Son estos relatos de acompañamiento, de diálogo y compromiso mutuo los que dan sentido a nuestra acción.

Esta presentación no puede ser más que una invitación y una provocación a transitar los caminos que nos abre el MAS. Caminos que deberán ser compartidos con personas y comunidades que buscan incansablemente un mundo más fraterno.

La acción social en Cáritas se sustenta en la caridad iluminada por la verdad. Así nos lo ha recordado Benedicto XVI en *Cáritas in veritate* y el MAS es un ejemplo de la compene-

tración real y efectiva entre la caridad y la verdad en su recíproca fecundación, tal como nos señala el Santo Padre: «De aquí la necesidad de unir no sólo la caridad con la verdad, en el sentido señalado por San Pablo de la *veritas in caritate* (Ef 4,15), sino también en el sentido, inverso y complementario, de *caritas in veritate*. Se ha de buscar, encontrar y expresar la verdad en la “economía” de la caridad, pero, a su vez, se ha de entender, valorar y practicar la caridad a la luz de la verdad» (n. 2). No cabría sistematización más densa y oportuna para nuestro Modelo de Acción Social.

No podemos terminar esta presentación sin agradecer al Consejo General y a cuantos han trabajado en la elaboración del MAS la gran riqueza que con él nos aportan para un renovado y cada día más humanizador servicio caritativo y social.

Cáritas Española

VICENTE ALTABA
Delegado Episcopal

RAFAEL DEL RÍO
Presidente





1

Fundamentos del modelo

1. LA PERSONA COMO CENTRO

La persona, en tanto poseedora de la máxima dignidad posible, en tanto ser integral y social y en proceso de hacerse en la sociedad y de hacer sociedad, se torna en eje y centro fundamental de nuestra acción.

La dignidad inalienable de la persona

Somos Hijos de Dios, creados a su imagen y semejanza^[1], y en esa experiencia radica el sentido más profundo de nuestra dignidad: lo humano es sagrado^[2]. Por consiguiente, todas las personas y cada una de ellas poseen una dignidad radical. Son un fin en sí mismas, y nada está por encima de esa condición.

Esa dignidad, que deriva de la voluntad con que Dios creó al hombre, no es algo otorgado por otros, es inseparable del hecho mismo de vivir, aunque las condiciones reales de existencia y el pecado personal y colectivo la condicionen y la hagan más difícil de reconocer. Descubriéndose amado por Dios, el ser humano comprende su propia dignidad trascendente, aprende a no contentarse consigo mismo y a salir al encuentro del otro creando una red fraterna y solidaria de relaciones humanizadoras^[3]. Por eso, toda la vida social debe ser expresión inconfundible de un único protagonista: la persona humana.

Estos principios teológicos y antropológicos son la base sobre la que se asientan todas las afirmaciones fundamentales, las opciones y las características que forman el cuerpo de este modelo.

La dignidad de las personas, en cuanto hijos e hijas de Dios, es el valor que sustenta nuestro Modelo de Acción Social.

La persona es un ser integral, único e irrepetible que posee potencialidades y capacidades.

[1] Gn 1, 26

[2] PT n° 9-10; GS, n° 26; ChL n° 27

[3] Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n° 4

Ser integral

La persona de la que hablamos constituye un todo integral con necesidades que deben ser igualmente satisfechas para no comprometer su dignidad. Entendemos lo humano como una realidad singularísima, indisoluble^[4], única e irrepetible. Está siempre dotada de potencialidades y capacidades, aun cuando no esté plenamente desarrollada, o se encuentre muy condicionada por la realidad concreta que le ha tocado vivir. Por tanto, no podemos entender lo humano desde la negatividad, desde lo que no es, lo que no tiene o lo que no sabe. Lo comprendemos desde el vergel de inéditas posibilidades que constituyen cada biografía.

Ser en relación, ser social

La dimensión social de la persona no es un añadido posterior o exterior a lo que la define, sino que forma parte constitutiva de su ser porque así lo ha querido Dios^[5]. El individuo no se puede entender sin la sociedad, ni esta sin los sujetos que la conforman^[6].

Lo social, la relación con los otros, forma parte de lo humano de manera inseparable de lo individual. La forma social propia de lo humano es la comunidad; en cuanto sociedad cimentada en la solidaridad, se despliega en un territorio igualmente cargado de simbolismo.

Decir «persona» no es igual que decir «individuo». Al afirmar lo primero queremos significar que se trata de un ser único y social a la vez. La individualidad y la sociabilidad son dimensiones complementarias. Ninguna de ellas anula a la otra ni se puede explicar sin la otra.

Los humanos compartimos con muchas otras especies del planeta el hecho social. Pero no sería posible comprender bien la sociedad humana si solamente le diéramos las características de otros modelos sociales de la naturaleza.

Lo que une a las personas en sociedad tiene su razón de ser en algo que no es meramente práctico: la fraternidad que

[4] GS n°4

[5] Compendio de la DSI, n° 149

[6] GS n° 2

invita a una vida en comunión con los otros. Podemos decir que una sociedad que experimenta la fraternidad como realidad que le da sentido es una comunidad. Lo comunitario es lo más distintivo de la forma humana de sociedad^[7]. En consecuencia, la comunidad no es algo cerrado, sino un espacio radicalmente abierto al otro que aspira a construir un nosotros colectivo tan ancho como el mundo y constituido por toda la gran familia humana. En esto radica su particular sentido.

Por eso, comunidad y territorio son conceptos relacionados. La comunidad se expande en un territorio concreto y se enraíza no tanto en un espacio físico como en uno simbólico. Para la persona el territorio es mucho más que un mero trozo de terreno. En él se pueden dar las relaciones interpersonales, la identificación con el pasado y con la historia, y los proyectos de futuro. Por eso, la comunidad procura hacer del territorio «una tierra buena y espaciosa» en la que se realicen las utopías^[8].

Ser creador

La persona ha de tener un papel activo, participativo y protagonista en el proceso de hacer sociedad/comunidad mediante la generación de lazos y vínculos auténticamente humanos.

Ser persona es hacer. Somos creadores a la vez que criaturas. Hemos sido creados por Dios para continuar su obra; la actividad humana es colaboración en la creación. Esto da cuenta del carácter incompleto de nuestro ser. Las personas estamos en proceso de hacernos y la sociedad está en proceso de hacerse^[9]. La dimensión comunitaria de la sociedad humana es un proyecto que no está acabado.

Las personas somos sujetos. Esto nos constituye, nos define y vitaliza. En el proceso de ser persona, es imposible sustituirnos

Tanto la persona como la sociedad de la que forma parte están haciéndose, no están completas.

Vivir es colaborar en la obra creadora de Dios. Así las personas no se pueden entender sin su condición de sujetos protagonistas de esa construcción.

[7] Compendio de la DSI, n° 149

[8] Ex 3, 7-9

[9] GS n° 2

sin convertirnos en objetos. El reconocimiento del otro como sujeto es lo que posibilita una relación interpersonal auténtica. Y en las relaciones sociales, la participación activa de todos es condición de posibilidad para generar comunidad.

2. NOS MUEVE EL AMOR

La caridad, entendida como la realización del amor de Dios, y el amor, como experiencia profunda de lo humano que se realiza en la justicia y se trasciende en la caridad, se tornan en la motivación fundamental para nuestra acción.

Él nos amó primero. «Amaos los unos a los otros»: la fraternidad

La experiencia de ser amados por Dios nos posibilita amar a los hermanos.

Dios ama al ser humano. La creación es un acto de amor, como lo es la Encarnación, en la que el Hijo se hizo carne de nuestra carne, y la muerte y resurrección de Cristo, expresiones sublimes de solidaridad radical con los hombres y mujeres de todos los tiempos^[10].

En su dimensión profunda de relación con Dios la experiencia del amor es creadora de lo humano. «Él nos amó primero»; esto es lo que nos da la posibilidad de regalar ese amor recibido gratuitamente. Sólo quien experimenta el ser amado es capaz de dar amor.

Cualquier persona es capaz de amar. Hemos recibido esa capacidad por el simple hecho de ser. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios y debemos aspirar a amarnos unos a otros no de cualquier manera, sino precisamente como «Él nos amó»^[11].

[10] GS n° 12

[11] Jn 13, 34

El amor, origen y destino de lo humano

El amor posibilita las relaciones amorosas más allá de la mera supervivencia. Es esa experiencia fundante la que nos hace sensibles a Dios y nos abre a la ética de la ternura, del cuidado y de la hospitalidad. Es también el amor la fuente del anhelo de justicia.

De ahí que en el amor esté el sentido más profundo de «lo social» y de su «subjektividad relacional»^[12]. Por eso, la comunidad se construye sobre el «reconocimiento del otro», base de la fraternidad.

De igual manera, el amor es básico en el proceso de hacernos personas. El amor, recibido o no, en la familia y en las relaciones interpersonales secundarias, se torna en una experiencia fundamental en el devenir personal de cada cual, que condiciona su lugar en el mundo y su forma de percibirlo.

Una persona no sólo es lo que supone el amor recibido. El amor dado también va haciendo a la persona. Quien no da es una persona incompleta e inmadura. El amor recibido nos equilibra y el amor donado nos madura. La gratitud en sus múltiples expresiones es profundamente humanizadora y fecunda. Bien pudo decir San Juan de la Cruz: «Pon amor donde no hay amor y sacarás amor».

El reino de Dios es la promesa de realización plena del amor, el destino de la humanidad y el contenido de la nueva Alianza. «Hasta aquel día en que llegue su consumación y en que los hombres, salvados por la gracia, como familia amada de Dios y de Cristo hermano, darán a Dios gloria perfecta»^[13].

El amor se concreta socialmente en la justicia

El conjunto de principios recogidos en la doctrina social de la Iglesia nos aporta los elementos de discernimiento

El amor es origen de lo humano, tanto de lo comunitario como de lo individual. Si falta, tanto la sociedad como el individuo se deshumanizan.

El Reino, como promesa de Dios para la humanidad, es amor. Así, el amor es también destino de lo humano.

[12] Compendio de la DSI, n° 149

[13] GS n° 32

El amor se va realizando en la historia, no es sólo futuro. Se concreta en el establecimiento de las relaciones humanas regidas por la justicia, el bien común, el destino universal de los bienes y los demás principios de la doctrina social de la Iglesia.

que precisamos para valorar las realizaciones humanas que no son, ni mucho menos, ajenas a esta concepción del amor, pues este ha de ir concretándose socialmente en unas relaciones humanas justas^[14].

Dos son especialmente relevantes: el *bien común* y el *destino universal* de los bienes creados. Ambos deben ser reafirmados con toda su fuerza desde la opción preferencial por los pobres^[15].

El bien común es «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección. (...) No consiste en la simple suma de los bienes particulares de cada sujeto del cuerpo social. Siendo de todos y de cada uno, es y permanece común, porque es indivisible y porque sólo juntos es posible alcanzarlo, acrecentarlo y custodiarlo, también en vistas al futuro»^[16].

El bien común toma como referente no a un grupo social, un pueblo o un Estado, sino la «entera familia humana», superando de este modo cualquier concepción reduccionista o localista.

Ello nos obliga a poner nuestro centro de atención no en el bienestar de la mayoría, sino preferencialmente^[17] en quienes sufren las consecuencias de un orden socioeconómico manifiestamente injusto, allá donde quiera que se encuentren.

Por otra parte, los bienes, creados por Dios, lo son para el uso de todos los habitantes de esta tierra. Su sentido último no tiene que ver esencialmente con la apropiación, sino con su utilización, con la nota de ser instrumentos para el desarrollo de las personas y no fines en sí mismos. Así, cualquier injusta distribución de los mismos, su absolutización o su indebida apropiación son contrarios a la realización de la justicia.

[14] AA n° 8; CA n° 58; DCE n° 26

[15] Compendio de la DSI, n° 182

[16] Compendio de la DSI, n° 164

[17] Cfr. Documento de Puebla, n° 1134-1165

Y se trasciende en la caridad

Cualquier realización de la justicia humana será siempre limitada^[18]. El amor se concreta y precisa en la justicia, pero será siempre trascendido en la caridad. Aun en el marco de la sociedad más justa, la caridad seguirá siendo necesaria^[19]. La caridad será lo que quede en el Reino, pues la fe y la esperanza ya no serán precisas^[20].

La caridad cristiana tiene su raíz en la fe, entendida como apertura a Dios que toma la iniciativa en el amor y envía a su Hijo como su máximo don a la humanidad^[21]. Así, el «yo» de la persona libre y responsable se fragua en el «tú» que lo convoca y hace posible. Desde la fe, el ser humano es visto como «vocación», «diálogo» y «servicio»^[22].

La caridad supone una forma de situarse desde Cristo a la hora de vivir la justicia, la solidaridad y el servicio de la reconciliación^[23], por lo que en modo alguno puede verse reducida a una mera organización de servicios sociales.

El amor, en clave de caridad escatológica, da el sentido que nos ayuda a trascender lo limitado de nuestro hacer. El amor de Dios, aun vivido incompletamente y no plenamente desarrollado en nuestras realizaciones, es a la vez real y concreto, presente, vivo y operante. El amor es un auténtico sacramento de Dios en aquello que se hace desde él^[24], incluso cuando no se explicita.

La caridad incluye la justicia, pero la trasciende, dándole sentido pleno en Dios. La caridad reconoce lo parcial del amor humano y de sus realizaciones prácticas.

La caridad hunde sus raíces en la fe en Dios. Es una forma de situarse en Cristo a la hora del quehacer por la justicia y por la solidaridad.

[18] DM n° 12

[19] DCE n° 28

[20] I Cor 13, 13

[21] I Jn 1, 7-10

[22] GS n° 22

[23] 2 Cor 9, 9

[24] AA n° 28

3. LA IGLESIA COMO SACRAMENTO^[25]

La Iglesia es signo y sacramento de la acción amorosa de Dios que genera una comunidad encarnada, pascual y escatológica. Es la entera comunidad cristiana quien desarrolla la tarea del servicio de manera complementaria al anuncio y a la celebración.

Servicio, celebración, anuncio

La celebración y la transmisión de la fe, junto con el servicio a la humanidad, en especial a los más pobres, conforman las tres dimensiones de la Iglesia. Tres aspectos de la tarea evangelizadora que se sitúan entre sí complementariamente.

La Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. Su misión es la evangelización^[26]. Por eso, invita a todas las personas a experimentar el amor de Dios y convoca a la humanidad en torno a la mesa de la fraternidad de la que Cristo es anfitrión.

Para la realización de esta tarea, la Iglesia anuncia la Palabra, celebra su fe y sirve a la humanidad, en especial a los hermanos más pobres. Su misión no estaría completa si faltase alguna de estas dimensiones^[27].

Todas se complementan, se dan sentido y conforman la tarea eclesial que es una. Así, la Eucaristía se alimenta del servicio y es alimento para él. La catequesis ilumina la acción y se nutre también de los signos de los tiempos que desvelan la acción de Dios y de su Espíritu en el mundo y en la historia.

Servicio en el marco de la tarea evangelizadora de la Iglesia

La *diakonía*, el servicio, no es, por tanto, algo optativo en la misión de la Iglesia. Pertenece a su ser y a su hacer. Es acción evangelizadora aunque no agote toda la evangelización.

[25] LG n° 1

[26] EN n° 21

[27] DCE n° 22

Cuando Cáritas actúa, es la Iglesia en su totalidad la que sirve. Nuestra acción no es sino una tarea encargada, un envío al que está invitado el conjunto de la comunidad cristiana.

Este servicio es universal, no entiende ni atiende a distinciones. Ha de testimoniar y anunciar para ser auténtico. No ha de hacer proselitismo, pues ha de saber cuándo hablar de Dios y cuándo callar dejando que hable sólo el amor, como nos recuerda Benedicto XVI^[28].

El servicio tiene una doble dirección evangelizadora: de la Iglesia a los pobres y de estos a la Iglesia. Consiste en evangelizar y en dejarnos evangelizar por los últimos, auténticos vicarios de Cristo y criterio último del juicio de Dios^[29].

Ser signo del amor de Dios

La Iglesia, «sacramento universal de salvación»^[30], recibe la gracia y la tarea de actualizar en la historia la misión de Cristo, y para ello recibe el Espíritu Santo.

De ahí la necesidad de situar la acción de la comunidad cristiana y, en consecuencia, de Cáritas desde el clamor de los pobres en el mundo. Es continuadora del amor creador de Dios, de la dinámica de la Encarnación, la Cruz y la Pascua: de ahí nace la «nueva imaginación de la caridad», la invitación al «compartir fraterno»^[31]. Se trata de vivir en auténtica complicidad con los excluidos prolongando la mano larga del Señor y su amor infinito para hacer revertir su suerte.

La experiencia comunitaria

Generar espacios de acogida, humanización y encuentro reclama la experiencia comunitaria y la responsabilización de todos

La acción caritativa no es toda la evangelización, pero es en sí misma evangelizadora.

Es la Iglesia quien nos envía a servir, sin distinciones de ningún tipo y sin pretensiones proselitistas.

La Iglesia está llamada a ser signo del amor de Dios, especialmente manifestado en los pobres.

Para serlo, la comunidad entera ha de encarnarse y comprometerse con la causa de los más débiles.

[28] DCE n° 31

[29] Mt 25, 31 ss.

[30] LG n° 1

[31] NMI n° 50

para que esta misión no quede como tarea de unos pocos, mientras la comunidad se realiza «fuera de» esa dimensión.

Esto implica que la comunidad cristiana ha de realizar la experiencia de Dios encarnado que se hizo uno de tantos y compartió la condición de los hermanos más débiles y oprimidos^[32], y ha de constituirse en una comunidad que anuncia, denuncia y vive la experiencia del compromiso, de la comunión fraterna y de la comunicación cristiana de bienes.

Apostar por lo no rentable

La comunidad cristiana ha de prepararse para tener la experiencia de «muerte» en todo aquello que la sociedad rechaza como inútil.

La comunidad cristiana debe habilitarse para la no rentabilidad inmediata, para la inversión en lo «inútil» que la sociedad excluye como sobrante. Optar por el desarrollo «desde los últimos» exige apostar por los bienes inmateriales e ir más allá de la eficacia y de la eficiencia. En definitiva, se trata de reconstruir la centralidad del ser humano y apostar por el valor de todo lo humano.

Así, la comunidad cristiana está llamada a realizar la experiencia del Dios encarnado que nace en un pesebre, alterna con marginados y muere en «el lugar de los proscritos». Todo ello vivido desde lo profundo y trascendente: una comunidad escatológica que se convierte a la esperanza de la plenitud y que se empeña en anticipar el «ya» de un «todavía no» pendiente de consumación divina.

Una nueva identificación «simbólica»

Y ha de construirse en la resurrección, en la generación de signos de vida precisamente donde aparentemente impera la muerte.

Es necesaria una nueva identificación simbólica: los valores evangélicos y la solidaridad constituyen signos elocuentes de creación de vida, sobre todo en un contexto de ruptura y expulsión, de negatividad y de muerte. Podríamos decir que la fe en un Dios que crea se expresa en la existencia de signos de vida. Por tanto, esos ámbitos de solidaridad son espacios que realizan la fraternidad y por ello son como sacramentos en los que arde el fuego sagrado del Dios en la vida.

[32] Flp 2, 7

Así, nuestras comunidades eclesiales realizarán la experiencia de Dios creador que vive resucitado, desde la creación de signos de vida: una comunidad pascual que anuncia y que evangeliza, o la experiencia de una comunidad de signo y testimonio.

4. INMERSOS EN LA REALIDAD

La pobreza y la exclusión son el marco y el espacio clave para nuestra acción. Son el signo más evidente de la crisis de civilización en la que la realidad está embarcada. Constituyen la señal más visible y significativa de un modelo social que discurre en una dirección no conforme con el proyecto de Dios para la humanidad.

La realidad como lugar de revelación

Persona, sociedad, comunidad, Iglesia se realizan o se niegan en la realidad, en medio de los sinsabores y las alegrías cotidianas y de los procesos globales. Se despliegan en un modelo concreto de sociedad, pues la realidad no es un mero escenario, sino que constituye el único espacio del que disponemos y en el que hemos de construir. Teológicamente, la realidad es un espacio donde Dios continúa revelándose a la humanidad y donde su Espíritu sopla, especialmente desde los más pobres. Dios ha escogido lo humilde para derribar a lo poderoso, y lo sencillo para humillar a lo sabio^[33].

La realidad es el espacio donde Dios continúa revelándose a la humanidad, en especial en los más pobres.

La realidad, en especial la de los más vulnerables, es lugar de encarnación donde Jesucristo continúa habitando con noso-

[33] | Cor I, 27-29

tros^[34]; es lugar de muerte donde se niegan posibilidades a las personas, donde se cercena la dignidad inalienable de lo humano; finalmente, es lugar de resurrección cuando alguien es dignificado y recupera su autenticidad humana.

La realidad es el espacio natural donde leer «los signos de los tiempos»^[35]. En ella se escucha la voz de Dios, que ha oído el clamor de su pueblo y ha bajado a liberarlo^[36], recomponiendo la Alianza.

Situarse en la realidad

Situarnos como Iglesia en acción, como *diakonía*, nos obliga a analizar la realidad. Nuestro hacer no puede partir de la mera voluntad, de la ocurrencia, del interés o del gusto. Nuestro quehacer, que se desarrolla en la realidad, ha de partir de su comprensión y tener como meta su transformación en línea de la construcción del Reino^[37].

Quien mira la realidad, quien intenta comprenderla, lo hace desde un lugar, pues no existe el análisis neutro. Nuestra mirada a la realidad ha de tener esto muy en cuenta y procurar situarse siempre desde el lugar del pobre, que no suele ser el nuestro.

Mirar desde el lugar del pobre, pero hacerlo con los ojos de Dios. Desarrollar una mirada que se auxilia de las ciencias sociales y que, además, es compasiva y misericordiosa^[38] haciendo nuestro el dolor del otro. Una mirada que reconoce al prójimo en su dignidad y en su condición de sujeto activo y protagonista.

Se trata de una mirada universalizadora que es capaz de trascender la situación concreta y enmarcarla en un contexto ge-

Es necesario analizar la realidad, pero hemos de hacerlo con pupila creyente, con los ojos de Dios, desde el lugar del pobre. Una mirada compasiva, que reconoce al otro, que es capaz de universalizarse y que nos implica.

[34] Mt, 25

[35] GS n° 4

[36] Ex 3, 7

[37] OA n° 4

[38] DiM n° 14

neral. Una mirada global, que pasa de la persona concreta a todas las personas y al «sistema mundo», sin perder por eso ninguna de las dos perspectivas.

Una mirada que no pretende el saber por el mero saber, sino para hacer bien. Saber para cambiar la realidad y para cambiarnos a nosotros también en ese proceso. Una mirada que, en definitiva, nos implique responsablemente.

La realidad local y global

La realidad en la que Cáritas sitúa su acción tiene una doble perspectiva: se ubica en el lugar concreto donde está el grupo que mira, pero esa mirada trasciende todas las fronteras.

La interdependencia de lo social y de lo humano es cada vez más evidente^[39]. El sufrimiento de tantos hermanos, de aquí o de allá, no puede dejar indiferente a la comunidad cristiana. Actuar frente a la pobreza en otros países no es sólo una tarea más, sino que está íntimamente relacionada con nuestro hacer aquí y con nuestros estilos de vida.

La realidad como marco nos sitúa en nuestro espacio a la vez que nos deslocaliza; nos abre a la acción cercana a la vez que nos aboca a la dimensión universal de la caridad.

Una sociedad que genera y gestiona la exclusión social

Una primera constatación que se impone si miramos a nuestro modelo social es su capacidad para generar situaciones de pobreza y de exclusión social.

No nos detendremos en su análisis y explicación, pues, siendo importantes, han sido suficientemente abordadas desde otros trabajos y perspectivas. Enumeraremos simplemente tres notas significativas:

La realidad que mejor vemos es la que tenemos más cerca, pero esa constatación no nos puede volver ciegos a la interdependencia de todo lo humano. La caridad es, por definición, universal, cercana y lejana, abierta a todos y a todo.

[39] SRS n° 11-22

Un modelo social caracterizado entre otras cosas por su capacidad para generar situaciones de exclusión social.

Cuando la sociedad toma conciencia de la existencia de personas, grupos y territorios excluidos, hace una lectura de los mismos desde los valores que le son propios.

Así, los comprende desde la negatividad, los responsabiliza de su situación y los entiende como amenaza para su bienestar en términos de coste económico.

- A escala planetaria, la creciente brecha entre el Norte y el Sur, entre las sociedades ricas y opulentas y los países eufemísticamente llamados en vías de desarrollo, es resultado de un modelo que sólo beneficia a un tercio de su población.
- Al interior de las sociedades ricas, el modelo genera bolsas de pobreza y de exclusión social para franjas muy amplias de población que, si bien participan en algunas ventajas de la riqueza, lo hacen a título de préstamo, bajo la amenaza permanente de embargo.
- El imparable fenómeno de la inmigración y la emigración (según desde dónde se mire), como puente entre ambas situaciones.

Pero no sólo genera exclusión, también la gestiona desde los principios y valores que le son consustanciales. Así, «mide» y descubre la pobreza como carencia, situándola desde la negatividad. Cuando la valora desde una perspectiva exclusivamente individualista trata a los pobres como responsables de su propia situación: son parásitos, vagos, engañan y son culpables de su situación. Por último, son entendidos en términos mercantiles como gasto y como amenaza para el proceso de crecimiento que hay que combatir como enemigos del bienestar.

En el fondo, un modelo de desarrollo pobre y empobrecedor

Nuestro modelo social tiene puesta su esperanza en el gran paradigma de la modernidad: el crecimiento socioeconómico mantenido por el desarrollo científico-técnico. Con él despliega su modelo de desarrollo y pretende garantizar por sí mismo la expansión y el progreso de las virtudes humanas, de las libertades y de los poderes del hombre.

Pero es la raíz misma de este concepto de desarrollo lo que es pobre. Y precisamente lo es en aquello que

debería ser su mayor riqueza: la idea de persona y la idea de sociedad. En las sociedades «del bienestar y del crecimiento» —en el Norte sociedades de consumo de masas— se «justifica» la acumulación y el uso desmedido de los bienes. La atrofia de una vida autista, cerrada sobre sí y el propio grupo corporativo sin verdadera comunicación con el prójimo y sin realización creadora, se agota en la alienación del mundo de los objetos y de las apariencias, llegando a negar la trascendencia. Todo ello impide vivir un horizonte plenificante de alteridad altruista y de auténtica humanidad.

Así, podemos decir con el Concilio Vaticano II: «De esta forma, el mundo moderno aparece a la vez poderoso y débil, capaz de lo mejor y lo peor, pues tiene abierto el camino para optar por la libertad y la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad y el odio. El hombre sabe muy bien que está en su mano el dirigir correctamente las fuerzas que él ha desencadenado, y que pueden aplastarle o salvarle»^[40].

Nuestro modelo social posee una concepción de lo humano y de sí mismo tremendamente pobre y empobrecedora de lo auténticamente humano.

Un modelo de desarrollo que confunde este con el simple crecimiento material, que dificulta la relación con el otro y la experiencia trascendente.

[40] GS n° 9





2

***Opciones
del modelo***



1. TRABAJAR DESDE LAS CAPACIDADES Y LAS POTENCIALIDADES ACOMPAÑANDO PROCESOS

Nuestro modelo de acción opta por un método centrado en el acompañamiento a los procesos de crecimiento de las personas y de las comunidades, lo cual centra la atención en los «caminos» más que en las «metas».

Acompañar es una relación acorde al proceso de ser

La acción acompaña, promueve, soporta —da soporte—, potencia, posibilita, dinamiza, detecta, valora a la persona y dice sin palabras que se puede contar con ella; pero no suplente. Se trata de un acompañar que no subordina, que no somete, que no hace demostración de lo que sabe, que no se apoya en la ignorancia del que no sabe, que no hace inútil a quien no es o ignora lo que es, que cuenta con el otro como protagonista, incluso cuando no comprende el proceso de motivación.

Sugiere, anima, escucha, exige, participa, convive, etc.; es la referencia más cercana y más sinérgica. Su estilo de hacer, de situarse y sus actitudes se conforman como fundamento de una relación educativa acorde con el proceso de ser. Y ello se realiza en la cotidianeidad del «acompañamiento» a los sujetos, muchas veces más desde el «estar» que desde lo que pudiéramos hacer y decir.

El acompañamiento se realiza en la incertidumbre, es difícil de prever y no responde a estándares. No sabremos exactamente por dónde va a venir la interferencia y hemos de ser capaces de incorporarla, para hacer de ella un instrumento positivo, aunque eso tenga que modificar lo que teníamos previsto.

Acompañar es más «estar» que «hacer»; no puede suplir la acción del otro, pero tampoco es una mera espera pasiva.

Acompañar es seguir el hilo de la vida sin pretender controlarlo todo, preverlo todo... y es saber aprovechar lo no esperado.

El acompañamiento se desarrolla en el proceso de promoción personal y social en los tres ámbitos del desarrollo humano integral: las necesidades, el sentido y la participación activa y responsable (el empoderamiento).

Acompañar en las necesidades: los «satisfactores»

Nuestra acción social se enmarca en el proceso de satisfacción de las necesidades que surgen del hecho de estar vivos y de vivir en sociedad. Nuestra opción implica acompañar la satisfacción de las necesidades humanas en una dirección humanizadora. Para ello necesitamos comprender las necesidades humanas en toda su hondura, pero sin confundirlas con los deseos.

Hemos de superar la concepción dominante centrada en las necesidades, introducir el concepto de «satisfactor» como la herramienta esencial en el acompañamiento. Las necesidades humanas forman un sistema, son potencialidades, y se pueden satisfacer.

Nuestra acción debe descubrir las necesidades humanas presentes en la realidad entendiéndolas como un sistema complejo e interdependiente. Esta comprensión no se queda en las necesidades más materiales y evidentes, como las relativas a la subsistencia y a la protección, sino que reconoce también el afecto, el entendimiento, la libertad, el ocio, la participación, la creación, la identidad y la espiritualidad como necesidades y exigencias humanas. Además, no las reduce a carencias, sino que las entiende también como potencialidades. Se trata de una acción integral, consciente de estar tocando el conjunto de lo que pasa, aun desde la parcialidad de lo concreto.

La satisfacción de las necesidades no depende sólo de los bienes, sino también de la manera en que estos se relacionen con la necesidad. Dicho de otra manera, de aquellos aspectos que resultan sustantivos en el proceso de humanización que supone el vivir.

Por otra parte, entre necesidad y bien se sitúa un elemento mucho más intangible, pero precisamente por eso, mucho más importante, que hemos convenido en llamar «satisfactor».

Satisfactor es la manera en la que la necesidad se relaciona con el bien, y viceversa. Lo relevante es verificar si esa

relación permite o no satisfacer las necesidades de modo humanizador, si esa relación nos hace dependientes (por ejemplo, convirtiéndonos en consumidores compulsivos) o, por el contrario, si nos dignifica y nos convierte en seres autónomos y solidarios.

Acompañar en el sentido: la solidaridad

Nuestros procesos de acompañamiento educativo han de provocar las preguntas acerca del sentido. Debemos ayudar a recuperar el sentimiento de religación trascendente, de conexión intersubjetiva, a liberarnos del hábito crónico de pensar como si fuéramos fragmentos inconexos y a abrirnos a la verdad y a la experiencia trascendente^[41].

En cierto modo, la verdad de nosotros mismos y de cuanto nos trasciende es un anhelo y una experiencia familiar que tiene su origen en las relaciones intersubjetivas que provocan un sentimiento de pertenencia y de vinculación en su más amplio sentido de la palabra; un sentimiento amoroso o, si lo preferimos, solidario, interdependiente y religador. Este sentimiento entiende la solidaridad como una auténtica trama de la especie humana^[42] y nos torna en apasionados buscadores de la verdad del hombre y de la verdad de Dios^[43].

Una vinculación con el todo humano y con el universo. Una solidaridad que transforma nuestra concepción de «herederos» de la Tierra en la de albaceas de este legado, con el deber de conservarlo para nuestros hijos, que heredarán la misma condición, y el reto de dejar a nuestros descendientes un mundo mejor que el que nos hemos encontrado.

La solidaridad es la respuesta de sentido que hemos de buscar en el acompañamiento. La solidaridad nos vincula con la gran familia humana que nos trasciende y nos hace trascender, posibilitando el encuentro con el Padre. Hemos de ofrecer la solidaridad como estilo de vida.

[41] Compendio de la DSI n° 130

[42] SRS n° 38

[43] RH n° 19

Habrà que cultivar la identidad de un sujeto trascendente que se vincula a la experiencia de fraternidad y a una conciencia ecológica profunda que puede y debe ser propuesta a todos los seres humanos y que, en el caso de los creyentes, además va inexorablemente unida a la experiencia de filiación y a la de criaturas. Somos hermanos porque somos hijos de Dios a la par que sus colaboradores en la tarea de la creación.

Así, la solidaridad como estilo de vida nos abre a las preguntas acerca del sentido de la vida y a no dejar de lado esa dimensión que pertenece a lo más profundo de lo humano.

Acompañar en la participación: protagonismo

Nuestra acción acompaña el proceso de personalización y parte de la situación en la que el sujeto se encuentra y de sus posibilidades (no se obsesiona por sus carencias). La persona es el verdadero protagonista de su proceso; el territorio lo es de su desarrollo.

En este proceso la persona descubre y se interrelaciona con el entorno que le rodea, aunque este sea contradictorio. Desde ahí, en un proceso comunitario también se descubre a sí mismo, reelabora su identidad y participa en el mismo.

Hemos de partir del reconocimiento de las capacidades y de las posibilidades de todas las personas para comprometerse en la mejora de su situación y de su entorno por muy adversas que sean las circunstancias. El ser humano goza del atributo de la perfectibilidad: siempre es susceptible de cambio y mejora personal, comunitaria y territorial.

Acompañar como y con Cristo

Jesucristo es el gran acompañante. Sus palabras y sus gestos son en buena medida expresión de auténticos pro-

Todas las personas son capaces de ser protagonistas de su vida y están llamadas a serlo de la historia.

Acompañar es creer en ello, apostar firme y empujar para que sea posible.

cesos de acompañamiento personal. En efecto, el Señor acompaña la acción de sus discípulos, el sufrimiento de los enfermos y de los pobres, las dudas y los miedos de los de Emaús... Jesucristo empuja a actuar, no sustituye, anima, exige, ayuda. Al otro, al fin, le hace sujeto.

También hay que decir que el Maestro en ocasiones reclama la compañía de los suyos. No sólo quiere apasionadamente, también se deja querer. Se da una preciosa bidireccionalidad que, si bien es asimétrica, apela a la reciprocidad que todo auténtico encuentro personal reclama.

Para nuestro hacer, Jesús no es sólo un modelo a imitar, es también compañero de camino; mejor dicho, Él es quien acompaña realmente.

Nosotros no aspiramos a ser sino sus manos y sus pies. Nuestro hacer aspira no a que seamos nosotros los reconocidos, sino Él, a través del amor: «Le reconocieron al partir el pan»^[44].

Jesucristo es para nuestra acción modelo de educador y de acompañante.

Más aún, está vivo y actúa; Él es quien en verdad acompaña.

[44] Lc 24, 32

2. REALIZAR ACCIONES SIGNIFICATIVAS

Nuestras acciones tienen que surgir de motivaciones claras y estar impregnadas de valores alternativos que permitan traslucir su significado: la construcción de una sociedad inspirada en los valores evangélicos. Todas ellas deben ser «significativas», no se pueden agotar en sí mismas, sino que van más allá de sus pretensiones instrumentales dejando traslucir procesos de personalización, humanización y liberación.

Nuestras acciones serán significativas si parten de valores alternativos, si desarrollan procesos de personalización, humanización y liberación, por más que sean parciales. Serán signo si hacen lo que predicán.

Signos e instrumentos del Reino

Entendemos aquí las acciones significativas como aquellas que no se agotan en sí mismas, sino que se trascienden y van más allá de sus realizaciones y de sus pretensiones instrumentales.

Se trata de acciones que activan otras potencialidades; son sinérgicas. Además de lo concreto, dejan traslucir procesos de personalización, humanización y liberación.

Esto nos remite a una utopía que trasciende nuestras fuerzas, pero que no es menos real por ello. Es el proyecto esperanzado del Amor de Dios que se concreta en acciones significativas que patentizan la presencia del Reino. Es decir, que nos plantean que lo que está en juego es una nueva creación cuya dimensión más profunda es de orden teológico.

Espacios humanizados

Así, nuestro modelo de acción opta por la construcción de «zonas liberadas», de espacios no sólo geográficos donde desplegar los procesos de personalización, de construcción de la comunidad y de la sociedad, regidos por otra lógica. No pre-

tenden estar al margen del mundo, sino en pleno centro de la realidad y, en particular, en la parte más sufriente de la misma.

Las acciones significativas van construyendo nuevos espacios sociales articulados, tejido social estructurado y organizado solidariamente, comunidades abiertas y solidarias, y estructuras de comunión^[45].

Esta práctica crea dentro del tejido social espacios para ejercer la solidaridad en los procesos de personalización, humanización y liberación. Aunque se trata de pequeños espacios y de realizaciones discretas y graduales, son signo de esperanza al dotar de plausibilidad el horizonte de una sociedad humanizada y con sentido.

Anuncian, desvelan, encarnan y proponen

Nuestra acción anuncia que Dios tiene un proyecto para la Humanidad. Es un proyecto de filiación, que nos haga hijos liberados, y de fraternidad, que nos convierta en hermanos unos de otros.

Nuestra acción, al anunciar, desvela aquello que dificulta la plena realización de ese proyecto del Reino. Si bien no se identifica con lo cotidiano, con lo social y con lo político, está íntimamente ligado a todo ello. Desvela en especial las situaciones de injusticia, las opresiones, el sufrimiento y las explotaciones que afectan a los más pobres.

Lo que hacemos, al desvelar, encarna, pone rostros concretos y emprende acciones a favor de los últimos, que testimonian, avalan y hacen creíbles los valores que profesa.

La acción, al encarnar, propone otro mundo, otra concepción de persona que se va acercando más a ese plan de Dios. Construye «inéditos viables» o proyectos de esperanza que hacen real el Reino en la dinámica escatológica del «ya, pero todavía no». Al hacer de los empobrecidos sujetos protago-

Nuestras acciones construyen «zonas liberadas», espacios de dignificación, aun en medio de la realidad más cruda. No pretenden el aislamiento, sino constituirse en espejo de que es posible construir en otro mundo, otra persona y otras relaciones.

Nuestras acciones, para ser significativas, han de estar en las claves de la evangelización: el testimonio y el anuncio. Habrán de efectuarse desde la encarnación, el anuncio y la denuncia propositiva.

[45] SRS n° 40

nistas de su construcción, nuestras acciones se tornan en anuncio y signos de un Reino que «alza de la basura al pobre y derriba a los poderosos».

Nuestras acciones, porque parten de un riguroso análisis de la realidad hecho con mirada creyente, han de responder a los signos de los tiempos, al hilo de la realidad de la pobreza descubriendo en las nuevas situaciones el grito angustioso de Dios.

Por eso, siempre pegados a la realidad de la pobreza y el dolor humano, en estrecha complicidad con los excluidos, nos tocará anunciar, desvelar, encarnar, denunciar y proponer.

Ser puntos de referencia

Nuestra acción ha de abrir caminos e invitar a otros a ponerse en marcha y trabajar en red con otros.

Un amor que no busca seriamente el bien más completo de los que han de ser amados no sería entendido como un amor verdadero. De ahí que nuestro amor haya de ser eficaz, creíble, inteligible y significativo. Por ello, lo más importante de nuestras acciones es que lleguen a convertirse en puntos de referencia, en caminos abiertos que inviten a otros muchos a ponerse en marcha y a trabajar en red con otros.

Sólo así habremos conseguido desarrollar su dimensión significativa, que tiene que concretarse y visibilizarse tanto en nuestros centros y servicios como en nuestra tarea de animación.

Testimoniar

Para que nuestras acciones sean significativas, han de procurar traslucir que otro mundo es posible y necesario.

Los rasgos de una acción que quiera ser testimonial son:

I. La comunión cristiana de bienes, como expresión del compartir fraterno con el hermano pobre.

2. La gratuidad como valor añadido de los agentes, sean estos quienes sean.
3. La calidad, entendida como calidez, acción humanizada, coherente, más que como una mera certificación.
4. La austeridad y la transparencia en la gestión de los recursos como expresión de la auténtica conversión del estilo de vida en consonancia con el Evangelio.

Nuestra acción ha de testimoniar desde lo que hace, no desde lo que dice. Así, la comunicación cristiana de bienes, la gratuidad, una acción de calidad y la austeridad y transparencia son los rasgos e indicadores de ese testimonio.

3. SER CAUCE DE LA ACCIÓN DE LA COMUNIDAD ECLESIAL

Cuando Cáritas actúa no es ella quien lo hace, sino la Iglesia en su conjunto. Nuestro modelo opta por que nuestra acción sea cauce para el desarrollo del compromiso con los pobres de toda la Iglesia.

Animar la comunidad cristiana

Hacer realidad que el agente de la acción social de Cáritas es la comunidad cristiana constituye un reto que trasciende a la propia Cáritas. Lo es de la Iglesia entera en busca de esa «nueva imaginación de la caridad» y de esa «nueva evangelización» que nos proponía Juan Pablo II^[46].

Estimular la participación de los cristianos en la lucha por la justicia supone la animación de una auténtica militancia cristiana. Por ello, Cáritas está llamada a animar esos procesos y

Animar la acción sociocaritativa de las comunidades eclesiales es una tarea de toda la Iglesia en la que Cáritas ha de jugar un papel esencial, trabajando para que estas asuman su parte de responsabilidad.

[46] NMI n° 50

trabajar para que las distintas comunidades cristianas y cada uno de sus agentes asuman su parte de responsabilidad. Se trata de una tarea dirigida antes a la implicación de la comunidad que a su suplantación o a la puesta en marcha de iniciativas al margen de ella.

En consecuencia, una de nuestras preocupaciones y dedicaciones permanentes ha de ser poner todos los medios a nuestro alcance para que la comunidad se sienta implicada y participe del modo más responsable y activo posible.

Hacia dentro y hacia fuera

Animar la implicación hacia dentro de la Iglesia, cuidando que el voluntariado sea expresión del compromiso creyente, y animar el cambio social hacia fuera, de las personas y la sociedad.

La Iglesia tiene una dimensión social como cauce y fermento de la nueva utopía de sociedad a la que aspiramos. La acción sociocaritativa es algo fundamental y constitutivo del ser creyente.

Hemos de tener cuidado para que el término «voluntario» no resulte vaciado de esta dimensión profunda.

La Iglesia debe ser fermento de la sociedad. Para ello, hemos de desarrollar nuestra dimensión política y social^[47]. Ayudamos a transformar personas, pero también a la sociedad. Es lo que el magisterio ha denominado felizmente «caridad política»: aquella que se universaliza a través de mediaciones estructurales y comunitarias.

La animación de la comunidad cristiana en el desarrollo de su dimensión de servicio implica la promoción del compromiso creyente en todas las acciones de la Iglesia y, en especial, de Cáritas. Así, el voluntariado es la expresión de una comunidad que asume su responsabilidad ante los hermanos. El voluntariado de los que colaboran con Cáritas es la realización del compromiso comunitario, fraterno, solidario y con los últimos.

[47] ChL n° 15

Enviados

Como Cáritas posiblemente tengamos muy clara la dirección de la sensibilización de la comunidad cristiana y, aunque falte camino por andar, hemos desarrollado medios para hacerla efectiva.

Por eso, queremos incidir en una dimensión no tanto hacia «fuera» del ámbito de Cáritas como hacia el interior de nosotros mismos: la dimensión y la conciencia de ser y sentirnos «enviados».

Sabernos enviados tiene que ver con la conciencia con la que hacemos la tarea, con asumir que somos portavoces de otros y no protagonistas; tiene que ver con la apertura hacia las propuestas de otros, con la capacidad de darles cauce, animarlas y acompañarlas. Finalmente, está estrechamente vinculado a reconocer, animar y apoyar la diversidad de carismas y servicios existentes en la comunidad eclesial.

En Cáritas somos enviados; lo que hacemos no puede ser «cosa nuestra», lo es de toda la Iglesia. De ahí que sea también tarea nuestra animar, impulsar y acompañar la acción de otros.

4. ACCIÓN INTEGRAL

Nuestro modelo de acción opta por una acción integral, consciente de que cuando actúa sobre una parte está afectando tanto al conjunto de la persona como de las comunidades, de las sociedades y de sus estructuras. Así, la Acción Social de Cáritas opta por la transformación de manera integral abarcando todas las dimensiones, acompañando personas, animando comunidades y haciendo anuncio y denuncia profética

La persona, ser integral

Hemos de considerar a la persona como un complejo sistema integral en el que no se puede actuar sólo en un aspecto de manera inocua para el resto de los mismos.

La persona es una suerte de sistema; no podemos trabajar por partes, no debemos fragmentar, sino buscar una intervención integral a la par que respetuosa con la libertad de cada cual.

Nuestra acción incide en las personas, en las comunidades y en las estructuras y procesos sociales. Y apuesta por la transformación integral de todas las dimensiones, no queremos olvidar ninguna.

Esta concepción nos lleva a optar por una acción integral que, aun cuando aborde una parte, sea consciente de que está afectando al conjunto del ser de la persona. Por ello, el partir de las potencialidades tiene tanta importancia.

Pero integralidad no es sinónimo de sumisión. Nuestra acción con personas no debe usar el control sobre el otro, al modo de una «institución total». Hay que encontrar el equilibrio entre la integralidad y la libertad de cada cual. Para ello, es fundamental cultivar el respeto a la dignidad y autonomía de los sujetos evitando relaciones insanas de dependencia.

Transformar personas, comunidades y estructuras

Nuestra acción abarca los tres grandes espacios de lo humano. No sería nuestra acción si no trabajara con personas concretas, poniendo rostro, pero tampoco si no lo hiciera con las comunidades de las que esas personas forman parte.

De igual manera, nuestra acción ha de contribuir al cambio de las «estructuras de pecado»^[48] y de los procesos sociales que se conforman como elementos sustantivos del devenir social, comunitario y personal.

Así, la acción social de Cáritas opta por la transformación de manera integral, abarcando todas las dimensiones, acompañando personas, animando comunidades y haciendo anuncio y denuncia profética cuando esta sea necesaria.

Lograr la promoción integral y el desarrollo social

Desarrollo personal y comunitario, integración y cohesión social y justicia en la sociedad constituyen objetivos inalcanzables si el desarrollo de nuestras sociedades no es un desa-

[48] SRS n° 36

rollo incluyente y se queda en un puro crecimiento económico que relega a los últimos.

Lo que está en juego es la consecución de la promoción integral y del pleno desarrollo personal y social de las personas, de las comunidades humanas y de todos los pueblos del mundo. Se trata del derecho a «un desarrollo integral»^[49]. Eso exige que nuestra acción se comprometa en lograr las plenas condiciones para el ejercicio de la dignidad humana, de todos y cada uno de los seres humanos, de sus derechos y de su participación.

La dimensión universal de la caridad

Si de espacios geográficos hablamos, nuestra acción ha de ser «glocal»^[50], es decir, ha de ser una acción en un lugar concreto pero, a la vez, con capacidad de incidir en el conjunto de este planeta globalizado.

La dimensión universal de la caridad nos ha de llevar a desarrollar acciones locales de cooperación internacional en la clave de construir unas relaciones internacionales más justas.

Pero, más allá de eso, nuestras acciones aquí, aun no siendo directamente de cooperación internacional, también han de tomar en cuenta esta dimensión y hacer por los que están lejos, desde el compromiso con los que están cerca. Ello casi siempre tiene que ver con el cambio en los estilos de vida.

Trabajar por un desarrollo incluyente que garantice las plenas condiciones para el ejercicio de la dignidad humana. De cada uno, de sus derechos y de su participación.

Por tanto, desarrollo incluyente que no se queda en mero crecimiento económico.

Nuestra acción ha de ser «glocal», incidir a la vez aquí y allí, en lo cercano y en lo lejano.

El sufrimiento de nuestros hermanos de otros países y las injustas relaciones internacionales no pueden ser ajenas a nuestra acción.

[49] PP n° 43 y ss.

[50] Asumimos este término técnico habitual hoy cuando se habla de estos temas, Cfr. II° Informe al club de Roma





3

Características de la acción que dan soporte al modelo



1. UNA ACCIÓN ENTENDIDA COMO DIÁLOGO ENTRE SUJETOS

Somos sujetos

Los seres humanos somos constitutivamente sujetos para el encuentro y la intersubjetividad. Lo relacional forma parte indisoluble de nuestra identidad.

En consecuencia, no parece lógico que consideremos a «ellos» como objetos, sino como sujetos en diálogo e interacción. No hay alguien que actúa y alguien sobre quien se actúa. Existen dos sujetos que establecen una relación, un diálogo mutuamente enriquecedor desde lo que son, tienen, hacen y cómo están.

Esto se traduce también en su dimensión comunitaria y territorial o, lo que es lo mismo, en el espacio en el que viven las personas y donde se producen las relaciones comunitarias.

Igualmente, lo dialógico del ser humano se realiza también en su dimensión «estructural» de procesos y espacios sociales, en las instituciones públicas y en los espacios no institucionalizados de decisión.

Finalmente, esta dimensión afecta constitutivamente a la Iglesia: «La Iglesia debe ir a dialogar con el mundo en el cual vive, la Iglesia se hace mensaje, la Iglesia se hace coloquio»^[51].

Sujetos asimétricos

Los sujetos que participan en una relación de ayuda lo hacen en un plano de clara asimetría. La cuestión, por tanto, no es si los excluidos son sujetos, sino que nuestra acción,

La acción humana no es esencialmente la intervención del sujeto sobre un objeto. Siempre que se actúa, se da un proceso de «interacción»: hay dos sujetos que actúan.

Debemos dejar de considerar a los demás como objetos y debemos pasar a entender la acción como diálogo entre sujetos. Ello nos abre a la lógica de las relaciones, no de las partes.

Y en ese entramado de relaciones nos aparecen interactuando las personas, las comunidades, los territorios que habitan y los elementos de estructura social.

[51] ES n° 60

que se enmarca en y con la exclusión social, parte de la asimetría. Y la cuestión fundamental no es que exista esta asimetría, sino que la comprendamos como sinónimo de dicotomía. Las asimetrías no anulan las potencialidades: las dicotomías sí anulan la condición de sujetos de los excluidos.

Una lectura simplificadora afirmaría que uno es libre y el otro está condicionado; romper la dicotomía nos lleva a entender que en ambos la relación entre la libertad y el condicionamiento se da de diferente manera.

En contextos de exclusión los sujetos que dialogan son asimétricos. Pero asimétrico no es sinónimo de dicotómico. Ambas partes tenemos diferentes grados de libertad y de condicionamiento. Los dos tenemos proyecto, pero nos diferencia el nivel de conciencia del mismo. Nos vincula que ambos aspiramos a ser más persona. Se trata de concluir con un afortunado «juntos podemos».

Ambos somos ayudados y ayudamos; nuestro rol se alterna.

La dicotomía, además, nos llevaría a afirmar que uno tiene un proyecto y el otro no. Romper la dicotomía, de nuevo, nos lleva a entender que en ambos se da la aspiración (y por tanto el proyecto) de ir siendo personas en sociedad, pero uno tiene mayor capacidad para ponerle nombre.

Por ello, la asimetría no nos convierte a unos en los que «ayudamos» y a los otros en los «ayudados». Ciertamente, no se puede obviar la existencia de la ayuda. Esta existe, pero no debemos hacer una lectura vertical de la misma. En ese caminar que significa «ir siendo persona en sociedad», la ayuda es un elemento que actúa, pero no pertenece en exclusiva a ninguno de los sujetos. Por decirlo de otra manera, el rol de ayudador se alterna, no desaparece. Si desapareciera, el diálogo se quedaría en mera charla, no provocaría avances, cambios y transformaciones.

Donde dice ayuda podemos poner mil nombres: acogida, confianza, reconocimiento, autenticidad, esperanza, complicidad, empatía, y tantos otros términos que tradicionalmente empleamos.

Las asimetrías nos sitúan en el diálogo desde la necesidad de tenerlas en cuenta, nos obligan a reconocer en los procesos la necesidad del tiempo, pues siempre son algo lento y necesariamente complejo. Finalmente, concibe a los interlocutores en un plano de igualdad desde la diversidad.

Participación

La participación es causa y consecuencia del reconocimiento. Supone que el otro no es un objeto, sino sujeto constructor de relaciones y de procesos de transformación personal y social. Por eso, la participación es otro de los retos fundamentales en este proceso de replanteamiento de la que debe ser una relación entre sujetos. La hondura de la participación tiene que ver con el conocimiento y el compromiso de la persona en aquello en lo que está participando. Esto no significa apostar por un sistema que excluya a nadie de la participación; simplemente apunta hacia el hecho participativo como una cuestión que también tiene grados y cualidad.

La participación de todos y en todo, reconocida por la Doctrina Social de la Iglesia como principio, es una consecuencia de la dimensión social de la dignidad humana y aplicación del principio de subsidiariedad. «La participación es un deber que todos han de cumplir conscientemente, en modo responsable y con vistas al bien común»^[52].

Las personas hemos de ser sujetos responsables individualmente de nuestra vida y colectivamente de nuestra historia. Ser sujeto pasa también por la participación política, en su sentido más amplio.

2. QUE TIENE POR CONTENIDO IR SIENDO PERSONAS EN SOCIEDAD

Un programa para todos

Hemos dicho que la acción es diálogo y todo diálogo versa sobre algo. El nuestro, nuestra acción social, trata sobre «ir siendo personas en sociedad». Esto no es un programa para «ellos», sino el contenido del diálogo entre ellos y noso-

Participar es otra manera de llamar a ese diálogo.

Posibilitar la participación de todos supone apostar por incrementar gradualmente el conocimiento y el compromiso de todos los implicados, con el proyecto de «ir siendo personas en sociedad».

El proyecto de «ir siendo personas en sociedad» no es algo «para ellos», sino el contenido común para todos. Es un proyecto que nos implica conjuntamente.

Gira en torno a la satisfacción de las necesidades, la búsqueda del sentido y la realización plena del ser sujeto (participación, empoderamiento...).

[52] Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1913-1917

tros. No es un plan para que otros se conviertan en lo que nosotros pretendemos: es un proyecto de ser personas en sociedad que a todos nos afecta. Dicho de otro modo, es un proyecto de conversión universal y universalizable que comienza por la capacidad de leerlo en primera persona.

Se trata de «ir siendo personas en sociedad» en los tres ámbitos del desarrollo humano integral: la satisfacción de las necesidades, el sentido vital y la participación o el papel de sujeto protagonista de la propia vida y de la historia.

La clave esencial para un proceso humanizador de satisfacción de necesidades pasa esencialmente por los satisfactores.

Las necesidades no se pueden confundir con los deseos, ni los bienes tienen una aplicación directa sobre las necesidades. Estas están mediadas por la forma en que se relacionan, posibilitando el diálogo para encontrar también el sentido social. El poder para hacer está esencialmente en la sinergia, en aquello que emerge cuando varios trabajan juntos y que no estaba en cada uno de ellos por separado.

Las necesidades, el sentido y la participación

El proceso de vivir implica enfrentarnos a las necesidades individuales y sociales. Darle importancia al «ser» no implica olvidar el «tener», sino que lo resitúa. Las necesidades, los bienes, los deseos y, sobre todo, los satisfactores son contenido esencial de ese diálogo. Especialmente en una acción que lo es en situaciones donde aparentemente impera la carencia, el no tener.

Nuestra acción está orientada también por elementos de sentido religioso y no religioso, es decir, por aquellos que valoramos como importantes. Por aquellos elementos que nos fundamentan racional, afectiva y espiritualmente.

Nuestra acción social parte, igualmente, de la «potencia» que surge de la interacción entre individuos; es una concepción no individualista que pone el acento en las sinergias (propiedades emergentes de la interacción que no estaban en los individuos), y que se destruye cuando alguien pretende apropiárselos.

Otro modelo de desarrollo

En definitiva, ese ir siendo personas en sociedad nos plantea la necesidad de construir otro modelo de desarrollo basado en un nuevo humanismo^[53]. Un modelo que impulse un sujeto

[53] PP n° 20

que posee bienes, pero no es poseído por ellos. Que tiene por parámetro las potencialidades y las capacidades de las personas y los territorios. Que pretende el aumento de las mismas, dando también valor a lo intangible y a la calidad frente al predominio exclusivo de lo material y la cantidad.

Un modelo en el que la calidad buscada se valida por la satisfacción de las necesidades de manera integral, y tiene en los «satisfactores» de las necesidades aquellos elementos que dan el «sentido» al valor de los bienes, no a su precio. Es decir, aquellas formas de relación entre necesidad y bien que son sinérgicas, que contribuyen positivamente al «desarrollo integral humano»^[54].

Un modelo que recupera la «subjetividad» en diálogo constructor de sociedad/comunidad. Un modelo de desarrollo en el que, aun existiendo relaciones de intercambio (mercado), se potencien las exigencias morales de redistribución (solidaridad) y reciprocidad (proximidad) por ser los tipos de relaciones humanas que realmente generan sociedad y comunidad^[55].

Un modelo que rescata el sujeto con valor social, cuya potencia social procede de las potencialidades, las capacidades y los bienes «relacionales» de los sujetos. Una persona que se trasciende en la autodonación y en la formación de una auténtica comunidad humana^[56].

Un modelo que construye una sociedad en la que la persona pueda realizar el sueño de Dios gozando de la propia humanidad y estableciendo una relación de solidaridad y comunión con los demás.

Ir siendo personas en sociedad no es sino articular adecuadamente el proceso de satisfacción de necesidades, de búsqueda de sentido y de participación en un nuevo modelo de desarrollo.

Se trata de superar el predominio en exclusividad de lo material en el que la calidad de vida tiene que ver con el valor, no con el precio de las cosas.

Lo subjetivo entra en juego como componente del diálogo constructor de comunidad, recupera el valor de la persona en relación amorosa y solidaria con los demás, como protagonista de la vida, la historia y la sociedad.

[54] PP n° 5

[55] GS n° 64

[56] CA n° 41

3. QUE SE DESPLIEGA EN UN MÉTODO QUE HACE POSIBLE SER SUJETOS QUE DIALOGAN SOBRE ESE CONTENIDO

Nos referimos en este apartado al «Método» con mayúscula para diferenciarlo de lo instrumental o de lo didáctico. Queremos hablar del Método en su sentido más profundo.

Las huellas

Partir de la biografía y de la historia concreta de cada persona. No hay estándares. Cada vida y cada pueblo han dejado sus propias huellas. Saber encontrarlas y seguirlas es el primer reto.

Cada persona y cada colectividad han ido dejando sus huellas al hilo de su existencia. La primera nota del método por el que optamos es aprender a seguirlas. Es otra forma de mirar la realidad que nos implica y que nos complica, ya que sitúa delante de nosotros no la exclusión en abstracto, sino a personas concretas que entran en relación con nosotros desde su irrepetible riqueza y singularidad, portando con ellas sus condiciones de vida, que son de exclusión. Una persona pobre es pobre, sí, pero, sobre todo, tiene el tesoro de su persona por encima de su propia pobreza.

Hacerlo de este modo nos llevará donde el otro está, no donde nosotros pensamos que debería estar. Y con él debemos llegar «allá donde sus huellas nos lleven», no donde nosotros creemos que deben ir («si te pide que le acompañes una legua, acompáñale dos»)^[57].

Si seguimos las huellas, las que son realmente suyas, se abrirá espontáneamente la posibilidad del diálogo y el encuentro porque no veremos sólo carencias, sino la riqueza de la singularidad y de su «inédito viable». Aunque vidas rotas, si son vidas humanas tienen siempre potencialidades, aun a pesar de las apariencias, de los déficits, de las quejas y desalientos.

[57] Mt 5, 41

Seguir las huellas nos hace olvidar estándares, normalizaciones, preconceptos y nos enfrenta con lo incierto. Nos abre a la estrategia y nos obliga a programar con flexibilidad.

El encuentro

Si rastreamos las huellas, terminaremos encontrándonos, pero también podemos simplemente toparnos con el autor de las huellas. Evidentemente, un encontronazo no es lo mismo que un encuentro.

Para ser un verdadero encuentro, mutuamente personalizador, este ha de ser auténtico y profundo. Precisa del reconocimiento del otro como sujeto, asimétrico a nosotros pero completamente igual en dignidad. Y necesita del cimiento de la solidaridad y del amor.

Debemos entender esa relación amorosa como la que genera actitudes y conductas, no sólo sentimientos. Comportamientos que hacen del otro legítimo interlocutor, persona con todas las letras.

Se construye el encuentro «confiando» y «acompañando», pero siempre partiendo de las potencialidades. Eso es lo único que permite al ser humano un desarrollo en plenitud. Todo encuentro con el otro, así vivido, remite en última instancia al Totalmente Otro.

El tiempo

El tiempo de la intervención social es el mismo de la personalización y de la construcción social. Un tiempo humanizador en el que no cuentan las horas sino el proceso.

Démonos tiempo. ¿Cuánto? El que sea preciso para ser. Pero el tiempo de la intervención social es un tiempo en gerundio, en marcha. Nunca somos, siempre vamos siendo.

Nuestro tiempo es el tiempo de Dios, cuya medida es la Personalización. Dios tiene su propio ritmo siempre dispuesto a

Entablar un encuentro verdadero, que sea de dos iguales en dignidad pero distintos en trayectorias. Encuentro que haga emerger las potencialidades mutuas desde el amor.

No tenemos prisa, nuestro tiempo es el de Dios, el tiempo de la personalización, que dura lo que haga falta.

acompañar a cada uno al suyo propio. Así debe ser también nuestro tiempo.

Eso significa que en nuestras acciones debe desaparecer lo puntual, lo inmediato, las respuestas parciales, dando paso a procesos de trabajo que van más allá del balance de resultados y que deben dar cuenta de la calidad de la personalización. Habremos de cuidar para que no los detengan memorias de actividad, justificaciones o ritmos impuestos por otras lógicas.

El proyecto del Reino de Dios

El Reino se constituye en fuente permanente de dinamismo y compromiso transformador.

Por último, el proyecto del Reino en su sentido más localizado e inmediato y en el más último y definitivo, con su presencia y acción salvadora en medio de la historia^[58], nos ofrece ese horizonte de confianza que ayuda a mantener tenazmente el dinamismo transformador y la esperanza^[59].

Este proyecto ha de ser operante aquí y ahora^[60], marcar objetivos reales y realistas, pero que trascienden, a la vez, lo que nuestro mundo considera «razonable», pues la voluntad y gracia de Dios hacen no sólo posible, sino presente ya en la historia, lo que al mundo, sólo con sus fuerzas, resulta inalcanzable.

Así, el Reino, que «es fuente de plena liberación y de salvación total para los hombres»^[61], se constituye en fuente permanente de dinamismo y de compromiso para las personas que se sienten movidas por la gracia a visibilizar su presencia por medio de acciones significativas y transformadoras.

Una acción social que no sea realización significativa del proyecto del Reino, consolida y cronifica la realidad injusta que se desea cambiar. Una acción que desea transformar esta

[58] GS n° 39; SS n° 35

[59] SS n° 31

[60] ChL n° 58

[61] ChL n° 36

realidad, se compromete y urge su realización^[62]. Su colaboración se produce «a modo sacramental», o sea, haciendo lo que anuncia, anunciando lo que realiza. En suma: contribuyendo al advenimiento del Reino de Dios^[63].

4. Y QUE TIENE EN LA COMUNIDAD CRISTIANA SU AGENTE

Raíz creyente del diálogo, contenido y método

La raíz creyente y eclesial de la acción social de Cáritas está presente en todo lo anteriormente dicho. El diálogo entre sujetos constituye el reconocimiento de la dignidad absoluta de la persona en cuanto hijo de Dios. Hablar de ir siendo personas en sociedad no es ajeno a la construcción del Reino de hermanos. Hablar del método y sus elementos no es diferente de hacerlo desde el amor encarnado.

La filiación, la fraternidad, el Reino y el amor cristianos incluyen los contenidos anteriormente expuestos, pero los trascienden, ahondan y les dan un sentido mucho más profundo en Dios.

La comunidad cristiana es quien actúa

Esta raíz creyente tiene además otra exigencia de orden más práctico pero no por ello menos profunda. El agente de la acción de Cáritas es la comunidad cristiana entera, que no está completa si no desarrolla su dimensión de servicio a los más pobres.

Ser hijos y hermanos que trabajan por el Reino es la manera más honda de hablar del diálogo entre sujetos en torno a ser personas en sociedad.

El agente de la acción de Cáritas es la comunidad cristiana entera que, en diálogo con otros, construye comunidad y evangeliza.

[62] LG n° 31; GS n° 39; ChL n° 14

[63] ChL n° 58

Así, cuando Cáritas actúa, cuando dialoga con otros sobre el ser personas en sociedad con un determinado método, es la comunidad entera quien lo hace. No es un grupo eclesial, sino la Iglesia entera en acción. Acción delegada y encarnada en personas concretas, que son y se sienten enviadas.

Una comunidad cristiana que, en diálogo con otros desde la dignidad, construye comunidad y evangeliza.

El potencial humano y material de la comunidad cristiana, auténtico sujeto de Cáritas, debe ser profundamente valorado a la hora de fijar y orientar el servicio a los pobres y de responder a la voz de Cristo que habla desde los pobres y desde las nuevas pobrezas.

Una comunidad universal pobre y de los pobres que comparten

Y esa comunidad cristiana entera es pobre y de los pobres, comparte lo material y lo intangible como signo, y es abierta, más allá de sus propias fronteras. Es una comunidad católica.

La realización de la comunión (*koinonía*) en el servicio (*diakonía*) en la Iglesia nos convoca a una concepción de la comunidad pobre y de los pobres que se resume en la elocuencia del «fijaos cómo se aman». Ello reclama la necesidad de cultivar las relaciones del compartir fraterno en el seno de una comunidad en la que los pobres se encuentran como en su propia casa.

Nos reclama, también, un espíritu de comunión entre las Iglesias: «Fijaos con qué fraternidad y solidaridad viven». Ello exige el desarrollo de una auténtica comunión de bienes entre las Iglesias a través de Cáritas y otras instituciones eclesiales.

Finalmente, nos aboca a la acogida y solidaridad de los pobres de la Tierra: «Fijaos con qué gratitud aman a los pobres, sean o no de los suyos». De ahí la importancia de desarrollar la dimensión universal de la caridad cristiana que bebe de la pertenencia a la gran familia humana de los hijos e hijas de Dios.

Gratuidad y compromiso creyente

Ser creyente y miembro de la Iglesia exige de cada persona crecer en su fe cada día y encarnarla en un compromiso concreto. El voluntariado en los campos de la acción sociocaritativa de la Iglesia, en general, y de Cáritas, en particular, se convierte en una forma significativa de desarrollar esa dimensión insoslayable de la fe.

Así, la acción de Cáritas debe contener un plus de gratuidad y de compromiso que forma parte de su identidad y que, por tanto, conforma también la acción que desarrolla.

La acción de Cáritas constituye un espacio privilegiado para el desarrollo del compromiso creyente, aportando a la acción un plus de gratuidad, que termina definiéndola.





4

***Epílogo.
¡Queda todo
por hacer!***





1. DEL PENSAMIENTO A LA ACCIÓN

Este último apartado del documento no es exactamente parte del modelo, pero sin él probablemente carecería de mucho de su sentido. Nuestro Modelo de Acción Social no es esencialmente una publicación para ser leída, sino un medio para activarnos, para ayudar a desarrollar la tarea que la Iglesia nos ha encomendado.

Así, este epílogo no pertenece al cuerpo del documento, pero pretende ser «sus manos», apuntar claves de por dónde comenzar a trabajar y cómo el modelo puede ser ese activador necesario.

Del modelo a los marcos

Una primera tarea que se desprende de este proceso de elaboración del modelo pasa por la construcción de unos «marcos» que nos ayuden a concretar los contenidos en los diferentes ámbitos de la acción de Cáritas.

Tres son hoy los elementos que nos permiten dibujar en una agrupación con sentido la acción real de Cáritas. Son tres ámbitos que nos permiten mirar al conjunto sin dejar nada fuera y sin por ello perdernos en el bosque de las concreciones en que luego se despliegan:

- Uno, en torno a las personas en situación de exclusión social.
- Otro, en relación con la acción en los territorios.
- Y un tercero, referido a la cooperación internacional.

El Modelo de Acción Social nos ha de servir como orientación común, como generador de preguntas y de respuestas a la acción concreta. Los marcos han de responder a la formulación de objetivos; al despliegue operativo de la acción; a su organización; al método con que se desarrolla, y a sus agentes.

¿Aplicar o aprehender?

El Modelo de Acción Social, su estructura y su intención, no es algo que se pueda «aplicar mecánicamente». Nosotros no debemos hacerlo así, y proponemos ahora un listado de «recetas» para aplicar el modelo. La clave de este último capítulo tiene que ver con «ponernos en clave de aprendizaje».

El Modelo de Acción Social nos plantea unos fundamentos, unas opciones y unas características de la acción. Pero no son tres apartados que se puedan leer de manera aislada, pues unos están contenidos y contienen a los otros. Hay que leerlos descubriendo las relaciones.

Unos fundamentos que no llevan a opciones concretas y definidas son sólo discurso. Y viceversa, unas opciones que no están asentadas en unos convencimientos sólidos no perduran. Por otra parte, no es válida cualquier manera de hacer. La manera de hacer debe ser tal que haga posible traducir los fundamentos en las opciones, pues al final el «cómo hacemos» condiciona la acción, y viceversa, la manera de hacer depende de cómo «pensemos, fundamentemos y planteemos» el hacer.

En resumen, necesitamos «comprender» el modelo. Y para eso no basta con un mero esfuerzo intelectual, es preciso «aprehender», es decir, buscar una interiorización que provoque cambio y conversión del saber, del sentir y del actuar.

«Comprender» no se consigue si no se hace en relación con la praxis. No puede existir «comprensión» meramente teórica; esta, en tanto implica cambio y conversión, ha de hacerse a la vez que se está «haciendo», o sea, en el propio compromiso de la acción.

Así pues, aplicar el modelo no es «pasar» del pensamiento —de la teoría— a la acción, sino que se trata de «aprehender» el pensamiento —la teoría— en la acción. En este proceso nos jugamos las posibilidades de este Modelo de Acción Social.

Los ejes del proceso de «comprensión y aprehensión»

Ese proceso de comprensión del modelo ha de hacerse en cada lugar. Es imposible aquí fijar con detalle cómo ha de hacerse en cada grupo, pero sí que resulta posible señalar algunos elementos, que por su importancia para «aprehender» han de ser tenidos en cuenta por todos.

A esos elementos los vamos a llamar «ejes». No serán todos, pero son los más importantes, por cuanto son estratégicos^[64], es decir, son de importancia decisiva para la realización de lo que nos proponemos. En ellos están las claves del «éxito».

En el próximo apartado serán desgranados, ahora hacemos una simple enumeración:

1. Procesos de reflexión/acción.
2. Una comprensión estratégica de la acción.
3. Las relaciones acción-agente.
4. Trabajar en red.
5. Estar y hacer con la comunidad cristiana.
6. Organizar la acción al servicio de esta comprensión.

Cada uno de los seis ejes necesita un proceso de trabajo que ha de desarrollarse a todos los niveles: confederal, diocesano, parroquial. Tenemos conciencia de que es un proceso de cambio y conversión en el que se abordan cuestiones sustantivas. Por ello, no se puede hacer de golpe, no tiene recetas, y ha de plantearse en comunidad.

Evidentemente, estos ejes están al servicio del proceso general: de lo que se trata es de caminar de forma que nuestras acciones hagan suyas las opciones del modelo. Reiteramos

[64] *Estratégico*: «De importancia decisiva para la realización de algo». (*Diccionario María Moliner de uso del español*).

que las opciones no son sino la traducción de los fundamentos en los que se asienta el modelo. Y que a esas opciones debe responder una comprensión del hacer en coherencia con sus fundamentos.

Dicho de otra forma, los ejes que ahora vamos a desarrollar pretenden ayudarnos a comprender, a pensar/actuar, de modo que nuestras acciones sean fieles al modelo que nos hemos dado. Esta es la manera de aplicar el Modelo de Acción Social.

2. LOS EJES DEL PROCESO DE COMPRENDER

Procesos de reflexión/acción

Hemos de hacer de la *reflexión* sobre la *acción* no algo extraordinario que se hace de vez en cuando, sino la praxis habitual. Reflexionar sobre la acción es, esencialmente, pararse, tomar distancia y hacerle a la acción concreta todas las preguntas que se desprenden del Modelo de Acción Social.

¿Lo que estamos haciendo está basado en lo que decimos que son nuestros fundamentos? ¿Se nota en lo que hacemos que esas y no otras son las opciones que hemos tomado? Y nosotros, ¿comprendemos la acción con esas características?

Preguntas que nos han de llevar a tomar decisiones, y a aplicarlas. Nos preguntamos sobre la acción, para volver a ella y mejorarla.

Pasar periódicamente cada acción de las que tenemos o de las que pongamos en marcha por un proceso de reflexión-acción iluminado por los contenidos del Modelo de Acción Social.

Algunas claves de este eje

- Es preciso abordar los procesos de reflexión sobre la acción con apertura a la conversión.

Suele ser normal que al enfrentarnos a un texto como el modelo, que nos habla del «deber ser», nos surja la actitud autocomplaciente. Puede pasar que el deseo de llegar nos impida ver dónde estamos. Desconfiemos de nosotros mismos cuando nos digamos: «Yo ya cumplo el modelo». Por ello es importante la autocrítica, no para sentirnos mal, sino para mejorar. Evaluarnos honestamente no debe ser entendido como un «examen» sobre nuestra valía.

- La reflexión sobre la acción ha de ser un proceso permanente, no una actividad puntual. Hemos de incorporarla a nuestra cotidianeidad.

Si entendemos el modelo como un listado previo de condiciones, en lugar de hacerlo como una meta permanente, le quitaremos una buena parte de sus posibilidades activadoras, y será un elemento que nos frustre en lugar de ayudarnos.

- Por último, estos procesos precisan de un método que los haga realmente formativos, y no meras «evaluaciones prácticas».

Método que con distintos nombres es patrimonio histórico de la Iglesia. Se trata del ver-juzgar-actuar, llamado también revisión de vida, lectura creyente de la realidad... Hemos de aprender a funcionar con él. Evidentemente, los procesos de reflexión sobre la acción han de hacerse en grupo, desde el respeto y la aportación de todos.

Una comprensión estratégica de la acción

Nuestra acción opta por «acompañar». Acompañamos el camino de otros (personas, comunidades...) que transcurre en medio de la vida, en el que surgen permanentemente ele-

mentos no previstos, cuestiones nuevas, amenazas y oportunidades que hemos de saber afrontar.

Una acción que se ciñe a un plan preestablecido, que se queda en el desarrollo de las actividades programadas, que no tiene la flexibilidad necesaria para incorporar lo nuevo y no previsto es una acción que no acompaña, sino que camina y hace que los demás la sigan, tenga o no sentido.

El desarrollo de la visión estratégica no supone una renuncia al plan, muy al contrario, hay que planificar, pero ciertamente no de la misma manera. Si desarrollamos procesos de planificación centrados en la actividad en lugar de estar referidos a las estrategias de acompañamiento, tendremos un desarrollo eminentemente programático de las actividades y los medios y recursos, pues haremos una evaluación de «lo que hemos hecho y lo que no», pero no llegaremos a preguntarnos si hemos logrado los objetivos y en qué grado.

Incorporar en la planificación también, y esencialmente, las estrategias de acompañamiento. Y desarrollar procesos de evaluación centrados en los objetivos. (Como agente, al margen de la actividad que se haga, ¿cómo voy a acompañar?).

Algunas claves de este eje

- Tenemos una manera habitual de funcionar muy condicionada por una comprensión «programática» de la acción, es decir, por una aplicación sin más de lo programado.

Se trata de una manera de funcionar que está muy poco atenta al devenir de las cosas, que no es capaz de incorporar la incertidumbre, lo no previsto. Esta mentalidad programática sirve para cuando actuamos en entornos controlados, pero esto pocas veces se da. Y nos viene marcada por una forma de pensar culturalmente establecida en nuestra sociedad. Este modo de pensar separa al

observador de lo observado, pretendiendo inútilmente la «neutralidad» y la «objetividad».

- Hemos de procurar un cambio en la manera de pensar, de ver, de saber y de hacer.

Una manera que nos posibilite: primero, pasar de una forma de pensar fragmentaria, lineal y dicotómica a otra que nos permita captar la diferencia, pero no para separar o fragmentar, sino para unir. Segundo, analizar, pero para ver las relaciones. Y tercero, que sepa moverse en el marco de la realidad, que «es como es», y no como «debe ser». Un cambio difícil, que además no se puede hacer de una vez.

Las relaciones acción-agente

El hacer y quien lo hace tienen una relación de reciprocidad. Podemos decir que el agente hace la acción y esta hace al agente, así en un bucle permanente.

Este bucle nos pone delante del propio rol del agente, de su papel, de qué hace y cómo lo hace. Para comprender la acción como «diálogo entre sujetos», el agente ha de reconocer el ser sujeto del otro, ha de confiar, no imponer; acompañar...

Igualmente, si la acción hace al agente, nos enfrenta a nuestros procesos formativos, sus contenidos, su método y su comprensión.

Ambos elementos, es decir, la revisión permanente del rol y la formación del agente, implican la pregunta por las aptitudes, pero también y sobre todo, por las actitudes. Nuestro hacer ha de ser técnicamente bueno, pero también adecuadamente humano y humanizador. Las técnicas y las herramientas adecuadas se pueden y se deben aprender, y los comportamientos también. Las actitudes se cultivan.

Hemos de incorporar la «revisión» de nuestro rol como agentes, y recomprender los procesos formativos, de modo que sin renunciar al eje «aptitudinal» incorporemos el «actitudinal».

Algunas claves de este eje

- El modelo define la acción como «diálogo entre sujetos».

Por tanto, hay actores que no son los «agentes de Cáritas». Por ello, de lo que se trata es de incorporar al «otro» a la acción para que sea realmente sujeto protagonista, lo que implica un cambio en el propio rol del agente de Cáritas. Máxime si se trata de personas o comunidades que se encuentran en situación de exclusión o vulnerabilidad social. Situación que, entre otras, posee la característica de serle negada o dificultada su condición de sujeto social.

Ya hemos dicho que para dialogar, el talante y la acción del «agente» es el acompañamiento. Acompañamos procesos. Por ello, uno de los elementos clave a considerar tiene que ver con el rol de los agentes y con encontrar las claves del cambio necesario.

- El agente «hace la acción», pero la «acción también hace al agente».

Dicho en forma de adagio: «O actúas como piensas o terminarás pensando como actúas». Esta bidireccionalidad de la relación acción/agente ha de ayudarnos a *recomprender* el significado y la práctica de la formación. Nos puede ayudar a comprender por qué una formación solamente orientada hacia el «saber hacer» no transforma a los agentes, pues se plantea solamente el cambio en las «aptitudes», dejando de lado el amplio campo de las «actitudes», igualmente clave. Nos puede ayudar a reorientar la formación desde procesos marcados por la «enseñanza» a otros en los que el centro sea el «aprendizaje» y que sin renunciar a la transmisión de conocimientos no haga de esta su única clave.

En definitiva, una formación entendida como un proceso dinámico de reflexión/acción, cuyo contenido esencial tiene que ver con lo que hacemos cotidianamente, en el

que entran en juego no sólo las técnicas, sino también las propias personas implicadas y que es «iluminado» por saberes exteriores a sí mismo. Una formación orientada a educarnos en el ser compañeros de camino, acompañantes.

Trabajar en red

La realidad de la pobreza y de la exclusión es un campo en el que no somos los únicos en intervenir. Existen otros grupos creyentes y de otros ámbitos que también lo hacen, así como el conjunto de las administraciones públicas. Y todos tenemos un mismo «campo de juego» en el que confluyen diversos jugadores con diversos estilos, tareas y responsabilidades.

En ocasiones el encuentro en la realidad no es sencillo, las diferencias y los estilos generan tensiones. Los principios de subsidiariedad, participación y solidaridad^[65], enmarcados en una actitud de diálogo y encuentro colaborador^[66], que no excluye la crítica y la denuncia, son los elementos que han de articular ese encuentro con otros agentes.

Incorporar en nuestra perspectiva de acción trabajar en red con otros, revisar permanentemente la acción y dedicarle el tiempo necesario en cada caso.

Algunas claves de este eje

- Trabajar en red es dar un paso cualitativo sobre la mera coordinación.

Supone aprender a que nadie deba renunciar a lo sustancial suyo, sin por ello dejar de ser eficaces en la acción. Supone pasar de una concepción piramidal de las relaciones a otra en la que hay centro, pero no cúspide. Supone

[65] Compendio de la DSI, nº 185-196

[66] DCE nº 30

saber que dinamizar una red no es igual que dirigirla y que la propia red es objeto de trabajo y acompañamiento para poder llegar a ser realmente red.

- Nuestra acción opta por ser significativa.

Opta por animar la acción de otros, por ser referencia para poner de manifiesto situaciones «invisibilizadas» y no sólo actuar ante ellas, sino motivar la acción de otros, especialmente la de aquellos que por imperativo legal están llamados a hacerlo.

Trabajar en red es un elemento clave para esto, además de que contribuye también a aprender de otros, para no duplicar acciones, y en definitiva para poner por delante del protagonismo institucional el servicio a quienes lo necesitan.

Estar y hacer con la comunidad cristiana

Optar por «ser cauce de la acción de la comunidad cristiana» tiene consecuencias en nuestro estar y en nuestro hacer. Si bien es cierto que no todo depende de nosotros, aquello que sí dependa, hagámoslo.

Hemos de procurar «un estar» en la comunidad cristiana que sea capaz de situar a Cáritas o, mejor, a la acción socio-caritativa como uno de los centros de la vida comunitaria, en interrelación enriquecedora con la liturgia y la catequesis. Procurando generar una pastoral de conjunto.

Igualmente, hemos de plantearnos «un hacer» con la comunidad, hemos de renunciar a todo aquello que la suplante, y desplegar una intervención hacia ella, que no se limita a la sola información, sino que es de implicación de la propia comunidad (sin olvidar que cuando hablamos de ella nosotros estamos incluidos).

Hemos de revisar permanentemente cómo estamos en la comunidad cristiana, proponiendo formas de incrementar la pastoral de conjunto. De igual manera, hemos de plantearnos cómo movilizar las energías solidarias de la comunidad.

Algunas claves de este eje

- Hacer que la acción sociocaritativa ocupe el lugar que le corresponde en el marco de la Iglesia actual.

Es una tarea que trasciende a la propia Cáritas, pues es una tarea del conjunto de la Iglesia. No obstante, hay cosas que sí dependen de nosotros y que podemos empezar a hacer ya. Elementos que tienen que ver con el «estar» de Cáritas en el seno de las comunidades cristianas, y con el «hacer» en relación con ellas.

- La acción de Cáritas se sitúa inevitablemente en la frontera: actuar con la pobreza y la exclusión lo requiere.

Pero ese estar en la frontera no debe hacer que nos situemos en los márgenes de la comunidad cristiana. Estar en la frontera implica todo lo contrario: trabajar por llevar la comunidad hacia los pobres y los pobres hacia la comunidad.

- Hacer propuestas para incorporar la acción socio-caritativa como un eje de la catequesis y la celebración, y a la inversa.

Pueden ser una buena manera de trabajar la pastoral de conjunto desde Cáritas. Ir pasando de una presencia fundamentalmente testimonial, esporádica e informativa, a otra que vaya recuperando el elemento del compromiso con los pobres como un eje indispensable del ser creyente que se aprende, se transmite y se celebra.

- Animar y acompañar la acción socio-caritativa de la comunidad nos plantea retos importantes.

No suplantar la acción de la comunidad pasa por no obsesionarnos con «la titularidad de las acciones», sino hacerlo con sus características y opciones. Acompañar la acción de otros exige también dedicar tiempo, esfuerzo y recursos. Nos replantea también los procesos de sensibilización, así como el concepto de «destinatarios», pues en último término lo somos todos. Hay que abandonar la intencionalidad de que la comunidad conozca y apoye lo que yo hago y sustituirla por otra que anime a hacer.

Organizar la acción al servicio de esta comprensión

La acción, para ser más eficaz, ha de estar organizada. No cabe ninguna duda, las estructuras organizativas son imprescindibles. Cualquier Modelo de Acción Social necesita una estructura organizativa que lo sustente, lo anime y lo haga posible.

Lo central de este eje es convertir el acompañamiento en el criterio articulador de las estructuras organizativas. Organizarnos esencialmente para acompañar, pero para hacerlo con la acción. Acompañar a los agentes que hacen la acción y a la acción que hace a los agentes es un reto que habrá de atravesar las estructuras organizativas

Hemos de revisar permanentemente cómo nos organizamos y cómo estructuramos la acción, para que lo organizativo no se coma lo esencial de la acción. Para que facilite acompañar y ser acompañado.

Algunas claves de este eje

- Lejos de nuestra intención está sugerir que la concreción del modelo y el cambio en la acción dependan de la estructura.

Ninguna estructura es perfecta; no vamos a encontrar la clave ahí. Las estructuras organizativas no son mágicas. Facilitan o dificultan, pero no son todo. La complejidad organizativa de Cáritas hace, además, que no sea posible ni deseable elaborar un modelo universal.

- Hemos de posibilitar una organización que se pueda planificar y revisar desde su servicio al acompañamiento.

Tener la suficiente flexibilidad para ir modificándose sobre la marcha y, sobre todo, desplegando las posibilidades y las sinergias aun antes de la formalización, siempre necesaria, y siempre insuficiente.



A

Anexos



ABREVIATURAS

1Cor	Primera carta de San Pablo a los Corintios
1Jn	Primera carta de San Juan
2Cor	Segunda carta de San Pablo a los Corintios
AA	<i>Apostolicam actuositatem</i>
CA	<i>Centesimus annus</i>
ChL	<i>Christifideles laici</i>
DCE	<i>Deus caritas est</i>
DiM	<i>Dives in misericordia</i>
EN	<i>Evangelii nuntiandi</i>
ES	<i>Eclesiam suam</i>
Ex	Éxodo
Gn	Génesis
GS	<i>Gaudium et spes</i>
Jn	Evangelio según San Juan
Lc	Evangelio según San Lucas
LG	<i>Lumen gentium</i>
Mt	Evangelio según San Mateo
NMI	<i>Novo millennio ineunte</i>
OA	<i>Octogesima adveniens</i>
PT	<i>Pacem in terris</i>
RH	<i>Redemptor hominis</i>
SRS	<i>Sollicitudo rei socialis</i>
SS	<i>Spe salvi</i>

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: «Hacia una cultura de la solidaridad», en *Documentación Social*, nº 106, Cáritas Española, Madrid, 1997; «Repensar la intervención social», en *Documentación Social*, nº 145, Cáritas Española, Madrid, 2007.
- AUGÉ, MARC: *Los no lugares*, Gedisa, Barcelona, 1999.
- BRIGGS, JHON, Y PEAT, DAVID: *Las siete leyes del Caos*, Grijalbo, Barcelona, 1999.
- CAPRA, FRIJOT: *El punto crucial*, Integral Ed., Barcelona, 1985.
- CÁRITAS ESPAÑOLA: «Directorio de Cooperación internacional», 2002.
- «Cáritas en el proceso evangelizador de la Iglesia», ponencia 60ª asamblea Cáritas Española, 2006.
 - «Cáritas y el compartir fraterno de la comunidad eclesial», ponencia 61ª asamblea Cáritas Española, 2007.
- COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL: *La Iglesia y los pobres*, Madrid, 1994.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA: *La caridad en la vida de la Iglesia*, Madrid, 1993.
- *La caridad de Cristo nos apremia. Reflexiones en torno a la «eclesialidad» de la acción caritativa y social de la Iglesia*, Madrid, 2004.
- ESQUIROL, JOSEP M.: *Uno mismo y los otros*, Herder, Barcelona, 2005.
- *El respeto, o la mirada atenta*, Gedisa, Barcelona, 2006.
- FRANKL, VÍCTOR E.: *El hombre doliente*, Herder, Barcelona, 1987.
- *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 1991.
- GALEANO, EDUARDO: *Las palabras andantes*, Siglo XXI, Madrid, 1993.
- GEVAERT, JOSEPH: *El problema del hombre*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1995.

- JARAMILLO RIVAS, PEDRO: «El jubileo, tiempo de caridad y de compromiso», en *Corintios XIII*, n° 97-98, 2001.
- MATURANA, HUMBERTO: *Transformación en la convivencia*, Dolmen, Santiago de Chile, 1999.
- MATURANA, HUMBERTO Y VARELA, FRANCISCO: *El árbol del conocimiento*, Editorial Debate, Madrid, 1996.
- MAX-NEEF, MANFRED; ELIZALDE, ANTONIO, Y HOPPENHAYN, MARTIN: *Desarrollo a escala humana*, Icaria, Barcelona, 1994.
- MORIN, EDGAR: *Sociología*, Tecnos, Madrid, 1995.
- *Introducción al pensamiento complejo*, Gedisa, Madrid, 1998.
 - *La mente bien ordenada*, Seix Barral, Barcelona, 2000.
 - *La humanidad de la humanidad*, Cátedra, Madrid, 2003.
- PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ: *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, BAC, Madrid, 2005.
- RENES, VÍCTOR: «Las acciones significativas», en *Corintios XIII*, n° 93, 2000.
- ROGERS, CARL R.: *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Buenos Aires, 1972.
- ROJO USTARITZ, ALEJANDRO: «Inédito viable: esperanza que se construye hoy. Un diálogo intertextual imaginario con Paulo Freire», en *Perspectivas Docentes*, n° 16, Villahermosa, ene-abril, 1993.
- ZUBERO, IMANOL: *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, Desclée de Brouwere, Bilbao, 1995.

